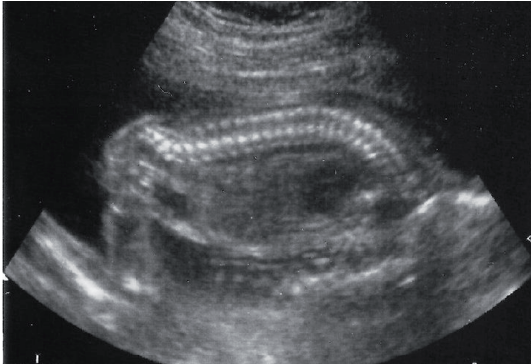


Esperando a Lorenza

Marga López Díaz*



Visitación de María

*Aún lo sobrellevaba fácilmente al comienzo,
pero a veces, cuesta arriba, sentía ya
el peso de su maravilloso vientre,
y entonces se detuvo, tomando aliento, sobre las altas
montañas de Judá. Mas no era la promesa de la tierra,
sino la plenitud que por su cuerpo se había dilatado;
al andar la sentía: jamás se sobrepasa la grandeza
que ahora experimentaba.*

*Y se apresuró a posar su mano
sobre el otro vientre, más distendido ya,
y ambas mujeres se inclinaron vacilando,
rozando el cabello y los vestidos.
Cada una llena de su propio santuario,
buscaba el amparo de la otra.
Ay, el Salvador era aún en ella flor,
Pero el Bautista, poseído de alegría,
dio saltos en el seno de Isabel.*

Rainer Maria Rilke

* Marga López Díaz es una reconocida poeta y tallerista de poesía. Ha recibido diversos premios de poesía y reconocimientos internacionales por obras como: "Alojos de Transparencia" (en 1991) y "Murumsamas", de ediciones Embalaje, Museo Rayo (2000) menciones de honor en los concursos internacionales de poesía de Austria (1994) y España (1996). En 2001, fue declarada personaje más destacado en la cultura del Oriente Antioqueño (7.ª Feria del Libro Ambiental).

Gracias a Dios por Rilke. Su poesía nos ha enseñado a celebrar lo sagrado. Y sagrada es la gestación de todo ser que desea ser dado a la luz, al milagro de la vida. Rilke nos lega unas imágenes entre las más sublimes de toda la poesía, para asistir al abrazo entre dos mujeres grávidas. «Sentía ya el peso de su maravilloso vientre»: el solo adjetivo transfigura el espacio interior y lo colma de un resplandor, que alcanza a alumbrar todo alrededor.

“La plenitud que por su cuerpo se había dilatado; al andar la sentía...”. ¿Qué es la plenitud, sino la sensación de bastarse a sí misma, de ser ella su propio iglú, ser campana o fanal, arco ojival de mundo aparte, con su aire diferente, sólo para los dos, que sólo dos se saben, respiran y alimentan, que sólo dos se conversan, madre e hijo, en su cúmulo globular secreto?

“Cada una llena de su propio santuario”. Qué alegría niña profundizar esa palabra, santuario, e infundirla en el vientre, visionar una ermita con su armonio, ahí dentro, y aprender a escuchar la melodía surgida desde las puras y primorosas esencias de la estrella originaria.

“Ay, el Salvador era aún en ella flor, pero el Bautista, poseído de alegría, dio saltos en el seno de Isabel”. Ser flor es ser astro; igualmente, astro germinado. Y ese salto de gozo inefable que aletea entre los vestidos y alcanza a vibrar en los melodiosos de la estancia sosegada del Dios florecido es el *allegro* más brioso del canto.

Juan Gabriel —Gabriel es el ángel anunciador de las buenas nuevas— ama también este poema y, seguramente, le dejó una viva lección desde que lo leímos en la primera clase de literatura, cuando cursaba el décimo grado, en el Colegio Salesiano de La Ceja. No he conocido un padre más alborozado, en el ansia y el misterio del alumbramiento de su hijita. Como prueba fehaciente, su poesía.

En la dulcedumbre de la espera de mis propias hijas, las visioné hechas de espejos, en los cua-

les se reflejaban todos los niños del mundo. Unos aurigas sagrados las conducían al palacio fantástico. Hechas de espejos de lecha antigua, pasaron los muros de uvas flotantes y ya hechas de vino rojo y de espirales, se confundían con los laberintos interiores de su madre.

Las sibilas sagradas les enseñaron las cámaras del tiempo y así comenzaron a oler a risa y a certezas de su afirmamiento, antes de vestirse la piel definitiva. Hechas así, de otros niños reales, les llegó el momento para el viaje, hacia los brazos y los ojos de su madre.

Toda mujer se vuelve una leona sola con un cachorro por dentro, con toda la valentía que no se conocía, para defenderlo. Nadie puede cambiarla de su sitio de luces. Tendida sobre la hierba tibia, se rebela contra su fallida omnipotencia de no poder felicitarlo todo, para la llegada de su pequeño; pero entiende al fin, que la vida regresa por su hijo, a continuar su andar, su simple paso de cada día.

Toda mujer, en el oficio sagrado de gestar un nuevo ser, se vuelve una leona con su hijo, los dos asimilados y aprehendidos, celebrando los ritos del aire, para que les sea concedida la profunda simplicidad de vivir con amor y gratitud la hora presente. Los dos sencillos, ebrios de la existencia, atrapándolo todo, omnívoros de vida. Toda mujer que espera un hijo se vuelve la leona más fuerte de la tierra al más mínimo movimiento de su cachorro, que se le vuelve corazón, centro de Vía Láctea, en su adentro.

Con la poesía de Juan Gabriel Medina, hacemos el viaje de regreso al vientre materno, nos devolvemos a la tibieza amarilla, hallamos otra vez nuestra voz entre las gasas del embrión, mitigamos con los dedos el almíbar, la delicada suavidad de las membranas.

Y aprendemos a bendecir el milagro —se perciben a ciertas horas melodías a dúo—, de una ermita que alumbraba, como una luna aislada en su plenitud y danza por el cielo de la casa.

El alorenzamiento de la vida

Juan Gabriel Medina Gómez**

Es muy difícil declinar la invitación que hace la filosofía heideggeriana. Magnánima y convincentemente, ella abre las puertas del lenguaje. El lenguaje como un hogar que acoge, que funda el mundo cuando lo nombra. Así, como el *Filósofo meditando* de Rembrandt o como un selenólata sin redención, la luz del lenguaje me completa cada día, llena mis espacios y confirma una vocación contemplativa que tardíamente descubrí. No hay objeto de estudio más cautivante que el lenguaje, no hay materia espiritual ni facultad más nutricia. Gracias a él, la humanidad cuenta con prodigios representativos como los murales paleolíticos de Altamira o Lascaux, la *Hatikva* con la que los judíos cantan su esperanza, o la mano de Plutón, llena de sangre viva, raptando a Proserpina en la inspirada y marmolita poesía de Bernini. Gracias a la generosidad del lenguaje, se puede charlar con el otro o mostrarle el mundo; gracias a esa habilidad podemos pronunciar el amor o engañar a la muerte y dejarla encaramada en un aguacate; por ella, callar también comunica.

Ahora bien, el lenguaje articulado —que al decir de muchos, está en directa comunicación con el alma: es su pluma, según Cervantes; es su templo, según el poeta Wendell Holmes—. Este tipo de lenguaje le da al hombre una cualidad que, en términos metalingüísticos, por ser una realidad que se piensa a sí misma, es el colmo de la generosidad que tiene la naturaleza con él. Esa maraña de signos lingüísticos y sonidos, magistralmente dispuestos para producir la música de la lengua, es quizás una de las razones más importantes para justificar esa aceptada supremacía de la especie de los simios lloradores

y parlantes. Pero es a la vez una herramienta original para invocar a los creadores, saludar los días, grabar en piedra o papel la historia, retener el tiempo. En este sentido, la poesía nació con el lenguaje. No dejo de imaginar que cuando el primer primate nombró la flor, ésta nació para siempre, con piel y todo, emergiendo del pensamiento, donde sin ser nombrada era apenas una noción. Las palabras de la primera infancia del hombre son la fuerza que lo vinculó para siempre al Cosmos y se han ido heredando con el tiempo más o menos cargadas de sentidos, pero siempre con la energía primigenia suficiente para dejar que resuene la belleza.

Para el gozo inefable de aguardar a la hija, he acudido a esa fuerza, no como el poeta que no soy, sino como el padre que estoy siendo: quiero acoger la criatura de la mejor manera que pueda imaginar. En las noches, en el aula, por los caminos, en cualquier color que me la recuerde, he ido hacia ella, la he vivido ya, la he visto. Regreso al útero para visualizarla, canto al son de su corazón, he vuelto a amar el sabio alimento de mi mamá, he nadado con su nieta en las dadivosas aguas del vientre de Laura. A veces, en las faenas de la cotidianidad, me llegan unas ganas incontenibles de reír. Río y veo el futuro *alorenzado*. Incluso ya tuve un encontrón verbal con un desgraciadito que a los trece años la va a hacer llorar por amor y no puedo dejar de pensar en el instante en que tendré que aplicar las sabidurías de mis maestros en la vida de colegio. “A los hijos hay que dejarlos ir para que regresen algún día”, “si usted quiere fregar a un hijo dele todo lo que le pida”, decían.

La noticia de la paternidad me sorprendió en abril, al mediodía, y desde entonces cuerpo y alma vienen funcionando de modo diferente.

** Egresado de Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana, adelanta estudios de Filología hispánica en la Universidad de Antioquia, poeta, profesor de literatura, actor y director de teatro, dramaturgo. Algunas de sus obras son: Saforastumaniázula, Conceptos ginecológicos en busca de una ginecocracia absoluta o Reclamatio Magna Feminarum Aequalum (in lingua imperatorem), La patética y ridícula de don Iván, Mazo pelmazo, El interruptor, Pantalla azul, La esquina, La cura de los cuatro sabios, La inconclusa del mar.

La vida me consideró digno de continuar su prodigio a través de una extraordinaria criatura, que ahora, con treinta y tres semanas de gestación, tiene un fémur de seis centímetros y medio, y sueña. Lorenza, como el Universo, está en continuo movimiento y expansión. La mamá Laura lo sabe y lo siente y celebra en silencio esa presencia en su vientre, que es la prolongación bendecida de su calcio, sus miradas, su sangre, su amor. Por mi parte, estoy en una búsqueda permanente de las palabras con las cuales traer al ahora audible lo que he sentido desde el momento en que caí en la cuenta de que quería una hija, hace muchos años ya.

Ahora que Lorenza está, debo agradecer a la soberana Poesía. Con los versos —que seguramente ni se aproximan a esta Madre de palabras, Madre creadora, Madre nombradora y fundadora, pero que son genuina y humildemente concebidos— me siento más tranquilo y libre, pues son ellos los que *hablan* del gozo monumental que me habita desde el punto y hora en que supe que soy el papá de Lorenza. Fue en la semana número siete de la gestación y la dádívosa tecnología me permitió ver la hija a través de un ultrasonido. Se unieron sus aguas con las de mis ojos y con su corazón a ciento cincuenta por minuto, tuve la certeza orbital de que la vida es el milagro mayor del Cosmos, por azaroso y delicado, por elemental y cimbreante, por feliz. No concibo un regalo más grande para la hija que las palabras. No por buenas, no por bellas, sino porque atrapan el pensamiento, retratan el mundo, viajan como los ánaes y gansos del Everest, se dejan recordar, se callan, esculpen la naturaleza, remueven la tierra de los sentimientos, suenan... Para la hija han sido mis palabras. Para ella y todos los que tenemos ya que ver con ella. La madre, las abuelas, los amigos, todos los cercanos que las han escuchado, las han acogido y de inmediato se han transformado en sus oferentes también. Con esto, el regalo ha crecido y eso es verdaderamente especial, ya que

es un modo muy amoroso de esperarle la piel, el gesto, las manos y pies, la mirada, el genio, sus balbuceos, a quien se parece, el aura, el aroma, el cabello, todo.

Los versos para Lorenza han ido llegando conforme el don de su vida se va haciendo evidente. Se me revelan como parte del prodigio las imágenes sonoras de la hija, sus movimientos, la prematura leche calostrada de la mamá Laura, el estoicismo con el que deja que su cuerpo sea el santuario vital de Lorenza. También llega el tiempo futuro, lo que la niña verá y querrá, lo que la aguarda. Al respecto, incluso, y dado que definitivamente estoy siendo transformado, he tenido dos o tres episodios en los cuales, luego de un sueño profundo, me despierto, recuerdo que voy a morir, y regreso sin más a las lides oníricas de la noche. Referida la historia a una de mis amigas, artista de una inabarcable sensibilidad, inmediatamente la asoció con el alumbramiento. También lo creo. La existencia ha cobrado un valor único desde que Lorenza es parte palpable de los días. Ahora, más que nunca, amaneceres y vueltas al sol, ¡los que vengan!

Cada vez más convencido de que la vida humana tiene su origen en la unión celular y primitiva del amor, y de que está moldeada por el conjuro mágico de las fuerzas biológicas y los brebajes antiguos de Natura, con el ánima de fiesta, espero para Lorenza un feliz encuentro con la luz del mundo, que al son de nuestras palabras y las palabras de la Poesía, le *recordará* el camino de la libertad y la enjuagará con los destellos de dicha.

POEMAS YO, CAMARONCITO

Agua del Universo.

Danzo en ella.

Danzo, madre reciente,

en tu sacra mar

para algún día respirarte.

La primigenia música de mi corazón

transforma en vientre
la mágica caverna del sonido,
la luz de las nueve de la mañana,
los días desde el primero.

Aún no escucho la voz
que velará mis andanzas
y se desvelará por ellas;
aún no atino a mi nombre,
ni al color de tu silencio.

Soy todavía tan simple...

Tanto como un lucero,
elemental
e ingenuo como dios.

Aún no pruebo los vaivenes del tiempo,
pero ya me siento en casa.

Traigo en mí
la historia original del mundo
y de la flor.
Llegan conmigo tus gestos y los del extraño,
la memoria del destino,
el milagroso santuario de mi alma.

Traigo mi voz para memorar la vida
y enmudecer al que levitando me espera.

Llegan conmigo los caminos que me surcarán
y, enjaulada en fuego,
la libertad que me fue concedida desde siempre.

En la más pura de las aguas, madre,
estoy creando mi cuerpo.

Resueno,
ya lo sabés,
por la amorosa *physis* de ustedes dos.
Aunque no me escucharas,

soy ya de la música del mundo.

Hoy
bebo tu piel
y me nutren tu sangre y tus ojos.
Mañana,
cuando hablemos,
seré un espejo tuyo
y estaré vestida para siempre
con la piel
laureada
de tu espíritu

(Viernes 7 de mayo, en el primer ultrasonido)

SONETO I. A LA MAMÁ

Te contempla mi voz enmudecida
arrullando la luz y mi contento
cuando dormís y hay sin dolor un viento,
cuando aflorás y estás adolorida.

Ya la conmueve esa fulgente herida
que en tu seno vital tiene su asiento.
De ella, sangre, ambrosía y vivo aliento
brotarán amorosos sin medida.

Un hijo de mi voz y tu hermosura
les bosqueja a las dos, serena y pura,
el aura de la vida que regresa.

Amo el pliego ventral de esa escritura,
su sinuosa y afable donosura,
y el banquete filial que hay en tu *mesa*.

(Martes, 18 de mayo)

LORENZA O RAFAEL

Ornado hemos la casa de tu adviento:
allí hay dioses que sanan y hay laureles,
hierbas de honor, amigos nunca infieles...
Ya lo sabrás: tu nombre es tu aposento.
Si Lorenza, serás memoramiento

del vivo odre que guarda sabias mieles;
de las finas, del mármol, bellas pieles,
del honor apacible y su ornamento.

Si Rafael, nos llevarás a Atenas,
a un mundo de texturas y mecenas,
a la imagen leal desde la infancia.

Habrá un Renacimiento en tu acogida:
veremos luz por tu inocencia unguada
y la vida en tu nombre habrá su estancia.

(Miércoles, 26 de mayo)

A MI ESPERMATOZOIDE VENCEDOR

A mi cuerpo lo asolaban rumores:
mi simiente era siembra en el desierto,
una balsa agotada en mar abierto,
luz inerme apagando los colores.

En un viro, y para Vos mis honores,
lanzado te escapaste por lo incierto.
Todo otro con tu triunfo quedo yerto,
cuerpo y yo devinimos genitores.

Enjuagado en amores, dejarías
mudas y ciegas las habladorías,
pues te fundiste en nuestra azul juntura.

Eso en mi ser fue el más hermoso sismo:
aún caigo orondo al irreal abismo
donde insondable crece la criatura.

(Pensado desde la buena nueva, por Laura)

TU CALOSTRO, LAURA

Por el maná laudado de la mama,
por el sencillo don de ese adelanto,
por ser milagro ese vital encanto
de la leche que fluye y ya Aquél ama.

Porque como una davincesca dama
Lauretta maternal ondea un manto

y vela desde ahora el ritual santo
de sangres vivas en la albina llama.

Por eso alzo a los cielos rebosante
el cuenco de las gotas y el instante
en que precoz la leche es poesía.

Esa fuente ancestral siempre se abra,
que el Hijo Mar se nutra en la palabra
y se riegue en su boca esa ambrosía.

(Primeros días de julio)

SAPIENCIA IMPURA

Sé que El Lugar no llega a la mirada
y que La Voz no embriaga mi mutismo.
que a más sangre brotando del abismo
contemplo más que el mundo sólo es nada.

Sé que es fugaz la masa regalada
por el Azar, guardián del egoísmo,
que el nombre Ser es solo un eufemismo
del vil raptor de la ilusión cegada.

Y sé también, cristal de la espesura,
que has de mudar esa sapiencia impura
con la oblación nutricia de tu esencia.

Desde el vientre fundaste el Universo
cuando Laura —»¡Se mueve!»— cantó el verso
y engendraste mi ser y mi conciencia.

*(Un jueves, cuatro días después del milagro de dejarse
sentir en movimiento)*

LORENZA EN MARMAMÁ

Eras un ámbar de plata
guardando las fronteras de tu cuerpo...
(Brillo nutricio)

Vi como un lego en asombro
que el agua sabia de tu madre
es tu Universo,

tu pan,
tu cobijo.

Eras,
en esa noche inventada,
la más hermosa impronta
para mis ojos y mis recuerdos...
(Calmo rocío)

Vi boquiabierto
el cofre ovoide de tu ser,
de tu pensar,
rebotante del oro eléctrico
de tu conciencia.

Eras una danza de miel...
gráciles brazos
desbaratando la imagen,
dádiva al aire.
Brazos perfectos
como el desborde del viento,
la tarde de un sábado,
en la floresta de las amigas...
(Dulce memoria)

Vi que tu corazón es un cantor
para Vos misma.
Vos,
vigía del frágil don de la Vida.
La Vida,
suave avalancha del Caos.

Eras los ríos de cal
en que bogarán tus años.
Eras la cumbre ondulada,
donde, triunfante,
abrazo el infinito
la belleza de tu dorso...
(Vuelo inmortal)

Vi tu andar de hechicera
en el secreto bosque de los días.
Los días,
gotas del tiempo.

El tiempo,
mar de lava que pone a arder el instante...

A arder el instante
pero nunca el ámbar
a través del cual,
tu rostro se vino de frente...
se filtró en mi alma...
inundó mi sangre...
abismó mis ojos...

Me dejó irradiado de argentos,
de noches supremas,
de pieles de lunas,
de mares,
del marmamá.

(Jueves, 5 de agosto, luego del segundo ultrasonido, apenas amarizando...)

TE ESPERAN...

El Viejo Relojero, hampón en fuga,
trucando el engranaje del presente.
La noche de una yegua indiferente
que tu llanto aguará con su maruga.

La traición encarnada en una oruga
y en la flor de alas muertas que es su fuente.
Gotas de soledad: el cielo hirviente,
pequeña vastedad, veloz tortuga.

El lamento del Mundo desgarrado,
fumador irredento, aunque no ha dado
el suspiro final... hoy agoniza.

Y en harapos y anciana, la Señora
que implacable, en lejanísima hora
al Mundo, a Vos los mudará en ceniza.

PERO TAMBIÉN TE ESPERAN... TE ESPERAMOS...

Lluvias miles de verdes florecidos
derramando la luz de la montaña.

La risa de una flor que el oro baña,
aromas del ocaso adormecidos.

Infinitas palabras en corrientes
que tu sed saciarán hora tras hora.
Versos dorados como “El dios que adora”.
Verbos vivos de sal, asaz nutrientes.

Van Gogh y su inquietante alelamiento
con el color demente de los días,
y esa cueva esencial en que sombrías
duermen tus horas, vela tu aposento.

Un colibrí que nos visita a diario
y es remedo del tiempo suspendido.
Los pétalos de un pájaro engreído
y la algazara del más libre aviario.

La leche vaporosa y que no ciega
vistiendo la arboleda matutina.
Una rosa indomable y blanquecina,
que en cada fase la penumbra riega.

El fuego domador de la mirada
cuyo silencio cuenta por sí mismo.
De una afgana mujer el lento abismo
de sus ojos, desnudos, sin morada.

El nocturno jaguar suelto en el claro
acechando mi estar y mi voz vaga:
una vez lo azuzó la inmensa Maga
y quedó de mi azar bajo el amparo.

Desde Agra, lecho perpetuo, un sahumero,
sándalo herido con pasión henchida.
La salvaje heredad que hay contenida
en el secreto don del Monasterio.
El valle que Neptuno ha custodiado
desde el tiempo en que el tiempo era un infante.
El azul deleitoso y trashumante
que le otorga a la Esfera el tono aguado.

La armonía del aire, su belleza,
substancia sacrosanta del sonido.
El cáliz del silencio: enmudecido
sorbo de la Palabra, agia grandeza.

Humeante y de esponjosa hermosura,
el pan de la labor y la mañana,
magna obra el pan en que la vida mana
cual amor que sabroso transfigura.

El sitio adonde llegarás un día,
recinto que se mueve a cada instante.
Unas ganas fibrosas de viandante,
unas ganas fibrosas de vigía.

Un veloz tren de cuatro mil vagones
que —cantan— es de un solo pasajero;
sabrás en él del Cosmos espejero,
pues él se orienta acorde a tus razones.

Otro “corcel de hierro” a la carrera
relinchando en el viejo continente
y en la luna infinita al Nororiente,
do se hielan la Rus y la pantera.

Un palacio de vuelo impresionante,
ostentación sin nombre del ingenio:
el ave en que Da Vinci, el grande genio,
surcaría el futuro delirante.
El gustoso panal de la *wanaban*,
naranjos, peras, el sensual manzano,
pitayas, mangos, zumos del verano;
piñas, duraznos que al dulzor alaban.

Y las sombras acuosas, mar alado
(a veces dejan que la luz se rompa),
aros de color, exquisita pompa;
para el iris, pan: el maná cromado.
El relato incansable de la Historia,
un rumor fabuloso y sin fronteras.
De tu gusto será lo que creyeras...
(sólo quien quiere, orbita en una noria).

El Orbe, presa fácil de la tela,
red de bites fugaces que lo atrapan
(ondas brujas lo acortan, lo dilatan):
un nao y, por veloz, no deja estela.

Cuevas de oros, andanas y techumbres
de aceitosos eucaliptos, de pino.
Urapanes, su vertical destino.
Sapienciales acacias, sus cazumbres.

Leños de alma atizando la hoguera,
calor boyante, la cena servida.
Casa de piel, agua y luz, enseguida;
nicho amador tu mansión La Primera.

Una secoya que tu sangre apura
pues más frondosa la hace tu venida.
Ella será la parentela unida,
árbol de origen, lealtad segura.

Con la voz ocular, Laura y sus lauras,
niñas que aún exudan primavera.
La precisa Madre, oblación entera,
Tejedora hacendosa de tus auras.

Y yo, por Vos un morador del viento
(donde sí cabe esta dicha encendida).
Lorenza, habrás de inventar una vida,
pues he de nacer en tu alumbramiento.

*(Completado el día cuatro de agosto, cuando con certeza
supimos de la Eterna Doncella)*

SONETO II. A LA MAMÁ

Para Laura Mesa Múnera,
que generosamente le sirvió de modelo a
Giovanni Battista Salvi, il Sassoferrato,
para su *Madonna con Gesù Bambino*, por allá
en la mitad del siglo XVII
Claroscuro bajaste desde el lienzo

de un maestro en la voz del retratista.
Ya vertida en la noche y a mi vista
del reguero de llamas fue el comienzo.

De tu forma errabunda me convenzo
cuando pinta la Aurora que es tu artista.
De tu vientre acogedor soy el bautista,
esa gruta de paz donde al mal venzo.

Profano tu deidad con mi evangelio.
Te profeso piedad de aquí al afelio.
Te adora mi razón que hoy no razona.

Poco lleva a tu imagen mi escritura,
mas pretendo plasmarte en mi ventura
acunando mi *Don*, Feliz Madona.

*(Convencido de que no se parece a Simonetta Vespucci, la
de Botticelli. Para oponerme a la acotación de la modelo)*

NO SOY EL PRIMERO...

Que aviva un carnaval en sus cavernas
cuando lo abraza el son de su inocente:
sangre y ritmo amador, de cuya fuente
brotan días de sol y aguas eternas.
Que cuando un hijo irradia sombras tiernas,
embolata las llaves del presente
y se pasa a vivir, pleno y fulgente,
al futuro feliz de horas paternas.

Que aguarda en agua y sed esa sustancia
de la copa de vida que se escancia
gota a gota en la hermosa gravidez.

Pero en esto sí honroso voy triunfante:
es Lorenza alma y sal del mundo errante,
pues lo nutre su augusta candidez.

(En la misa del séptimo aniversario de José Heriberto)

i

